

La cítara sonante, la trompeta,
Y la cómica máscara bufona,
Llena de variedad y chanzoneta,

Te alzarán á la cumbre de Helicon,
Donde cercado de las nueve hermanas
Luces despide el hijo de Latona.

Mas cuando con sus manos soberanas
De laurel te corone, ten sabido,
Fabio, á quién debes el honor que ganas,
Y agradéclo á mí que te he instruido.

EPISTOLAS.

Á DON SIMON RODRIGUEZ LASO, RECTOR DEL
COLEGIO DE SAN CLEMENTE DE BOLONIA.

LASO, el instante que llamamos vida,
¿Es poco breve, dí, que el hombre deba
Su fin apresurar? Ó los que al mundo
Naturaleza dió males crueles,
¿Tan pocos fueron, que el error disculpen
Con que aspiramos á acrecer la suma?

¿Ves afanarse en modos mil, buscando
Riquezas, fama, autoridad y honores,
La humana multitud ciega y perdida?
Oye el lamento universal. Ninguno
Verás que á la Deidad con atrevidos
Votos no canse y otra suerte envidie.
Todos, desde la choza mal cubierta
De rudos troncos, al robusto alcazar
De los tiranos donde truena el bronce,

Infelices se llaman. ¡Ay! y acaso
 Todos lo son: que de un afecto en otro,
 De una esperanza y otra y mil creídos,
 Hallan, huyendo el bien, fatiga y muerte.
 Así buscando el navegante asturo
 La playa austral que en vano solicita,
 Si ve, muriendo el sol, nube distante,
 Allá dirige las hinchadas lonas.
 Su error conoce al fin; pero distingue
 Monte de hielo entre la niebla oscura,
 Y á esperar vuelve, y otra vez se engaña;
 Hasta que horrible tempestad le cerca,
 Braman las ondas, y aquilon sañudo
 El fragil leño en remolinos hunde,
 Ó yerto escollo de coral le rompe.

La paz del corazón, única y sola
 Delicia del mortal, no la consigue
 Sin que el furor de su ambición reprima,
 Sin que del vicio la coyunda logre
 Intrépido romper. Ni hallarle espere
 En la estrechez de sórdida pobreza,
 Que las pálidas fiebres acompañan,
 La desesperación y los delitos,
 Ni los metales que á mi Rey tributa
 Lima opulenta poseyendo. El vulgo

Vano, sin luz, de la fortuna adora
 El ídolo engañoso; la prudente
 Moderación es la virtud del sabio.

Feliz aquel que en aurea medianía,
 Ambos extremos evitando, abraza
 Ignorada quietud. Ni el bien ajeno
 Su paz turbó, ni de insolente orgullo
 Las iras teme, ni el favor procura:
 Suena en su labio la verdad, detesta
 Al vicio, aunque del orbe el cetro empuñe
 Y envilecida multitud le adore.
 Libre, inocente, obscuro, alegre vive,
 Á nadie superior, de nadie esclavo.

¡Pero cuál frenesí la mente ocupa
 Del hombre, y llena su existencia breve
 De angustias y dolor? Tú, si en las horas
 De largo estudio el corazón humano
 Supiste conocer, ó en los famosos
 Palacios donde la opulencia habita,
 La astucia y corrupción, ¿hallaste alguno
 De los que el aura del favor sustenta,
 Y martiriza áspera sed de imperio,
 Que un placer guste, que una vez descansa?
 ¡Y cómo burla su esperanza, y postra

La suerte su ambicion! Los sube en alto,
 Para que al suelo con mayor ruina
 Se precipiten. Como en noche oscura
 Centella artificial los aires rompe;
 La plebe admira el esplendor mentido
 De su rápida luz: retumba y muere.

¿Ves, adornado con diamantes y oro,
 De vestiduras séricas cubierto
 Y púrpuras del sur que arrastra y pisa,
 Al poderoso audaz? ¿La numerosa
 Turba no ves que le saluda humilde,
 Ocupando los pórticos sonoros
 De la fábrica inmensa, que olvidado
 De morir, ya decrepito levanta?
 ¡Ay! no le envidies, que en su pecho anidan
 Tristes afanes. La brillante pompa,
 Esclavitud magnífica, los humos
 De adulacion servil, las militares
 Puntas que en torno á defenderle asisten,
 Ni los tesoros que avariento oculta,
 Ni cien provincias á su ley sujetas,
 Alivio le darán. Y en vano al sueño
 Invoca en pavorosa y luenga noche;
 Busca reposo en vano, y por las altas
 Bóvedas de marfil vuela el suspiro.

¡Oh tú, del Arlas vagaroso humilde
 Orilla, rica de la mies de Ceres,
 De pámpanos y olivos! ¡Verde prado
 Que pasta mudo el ganadillo errante,
 Aspero monte, opaca selva y fria!
 ¿Cuándo será que habitador dichoso
 De cómodo, rural, pequeño albergue,
 Templo de la Amistad y de las Musas,
 Al cielo grato y á los hombres, vea
 En deliciosa paz los años mios
 Volar fugaces? Parca mesa, ameno
 Jardín, de frutos abundante y flores,
 Que yo cultivaré, sonoras aguas
 Que de la altura al valle se deslicen,
 Y lentas formen transparente lago
 Á los cisnes de Venus, escondida
 Gruta de musgo y de laurel cubierta,
 Aves canoras, revolando alegres
 Y libres como yo, rumor suäve
 Que en torno zumbe del panal hibleo,
 Y leves auras espirando olores;
 Esto á mi corazon le basta.... Y cuando
 Llegue el silencio de la noche eterna,
 Descansaré, sombra feliz, si algunas
 Lágrimas tristes mi sepulcro bañan.

Á DON GASPAR DE JOVELLANOS.

Sí: la pura amistad, que en dulce nudo (2)
Nuestras almas unió, durable existe,
Jovino ilustre; y ni la ausencia larga,
Ni la distancia, ni interpuestos montes
Y proceloso mar que suena ronco,
De mi memoria apartarán tu idea.

Duro silencio á mi cariño impuso
El son de Marte, que suspende ahora
La paz, la dulce paz. Sé que en obscura,
Deliciosa quietud, contento vives:
Siempre animado de incansable zelo
Por el público bien, de las virtudes
Y del talento protector y amigo.

Estos que formo de primor desnudos,
No castigados de tu docta lima,
Fáciles versos, la verdad te anuncien
De mi constante fé; y el cielo en tanto
Vuélvame presto la ocasion de verte
Y renovar en familiar discurso
Cuanto á mi vista presentó del orbe
La varia escena. De mi patria orilla
A las que el Sena turbulento baña,

Teñido en sangre, del audaz britano
Dueño del mar al aterido belga,
Del Rhin profundo á las nevadas cumbres
Del Apenino, y la que en humo ardiente
Cubre y ceniza á Nápoles canora,
Pueblos, naciones visité distintas;
Util ciencia adquirí, que nunca enseña
Docta leccion en retirada estancia,
Que allí no ves la diferencia suma
Que el clima, el culto, la opinion, las artes,
Las leyes causan. Hallarásla solo,
Si al hombre estudias en el hombre mismo.

Ya el crudo invierno que aumentó las ondas
Del Tibre, en sus orillas me detiene,
De Roma habitador. ¡Fuéseme dado
Vagar por ella, y de su gloria antigua
Contigo examinar los admirables
Restos que el tiempo, á cuya fuerza nada
Resiste, quiso perdonar! Alumno
Tú de las Musas y las artes bellas,
Oráculo veraz de la alma historia,
¡Cuánta doctrina al afluyente labio
Dieras, y cuántas, inflamado el numen,
Imágenes sublimes hallarias
En los destrozos del mayor imperio!

Cayó la gran ciudad que las naciones
 Mas belicosas dominó, y con ella
 Acabó el nombre y el valor latino;
 Y la que osada, desde el Nilo al Betis,
 Sus águilas llevó, prole de Marte,
 Adornando de bárbaros trofeos
 El Capitolio, conduciendo atados
 Al carro de marfil reyes adustos
 Entre el sonido de torcidas trompas
 Y el ronco aplauso de los anchos foros,
 La que dió leyes á la tierra, horrible
 Noche la cubre, pereció. Ni esperes
 Del antiguo valor hallar señales.

Estos desmoronados edificios,
 Informes masas que el arado rompe,
 Circos un tiempo, alcázares, teatros,
 Termas, soberbios arcos y sepulcros,
 Donde (fama es comun) tal vez se escucha
 En el silencio de la sombra triste
 Lamento funeral, la gloria acuerdan
 Del pueblo ilustre de Quirino, y solo
 Esto conserva á las futuras gentes
 La señora del mundo, ínclita Rôma.
 ¿Esto, y no mas, de su poder temido,
 De sus artes quedó? Qué, ¿no pudieron

Ni su virtud, ni su saber, ni unida
 Tanta opulencia mitigar del hado
 La ley tremenda, ó dilatar el golpe?
 ¡Ay! si todo es mortal, si al tiempo ceden
 Como la debil flor los fuertes muros,
 Si los bronce y pórpidos quebranta,
 Y los destruye, y los sepulta en polvo,
 ¿Para quién guarda su tesoro intacto
 El avaro infeliz? ¿Á quién promete
 Nombre inmortal la adulacion traidora,
 Que la violencia ensalza y los delitos?
 ¿Por qué á la tumba presurosa corre
 La humana estirpe, vengativa, airada,
 Envidiosa.... ¿De qué, si cuanto existe
 Y cuanto el hombre ve, todo es ruinas?

Todo: que á no volver huyen las horas
 Precipitadas, y á su fin conducen
 De los altos imperios de la tierra
 El caduco esplendor. Solo el oculto
 Numen que anima el universo, eterno
 Vive, y él solo es poderoso y grande.

Á LA MARQUESA DE VILLAFRANCA.

Con motivo del nacimiento de su hijo primogénito el Conde de Niebla.

FALTÓ mi anuncio, y generoso el cielo,
Mas que yo pude prevenir, destina
Felicidades á tu casa ilustre,
Cuando de tu cariño el digno fruto,
Señora, al mundo das. Juzgué que vieras
Tu sexo y gracias repetirse, y toda
Tu hermosura gentil en la querida
Prenda que dulce ya te mira y rie.
¡Oh vana prediccion! Mayor cuidado
Merece al Numen que sustenta el orbe
De los Toledos la prosapia excelsa:
Premios mas altos la virtud merece,
El tierno y casto amor, la no manchada
Pureza conyugal. Mira cumplidos
Los votos ya de tu feliz esposo,
Y los tuyos tambien, y los de tantos
Pueblos que ven en ti señora y madre.

Ese que aduermes en ebúrnea cuna
Pequeño infante, es un Guzman; de aquella

Estirpe clara sucesor, que un dia
Fue de la patria impenetrable escudo,
Y en su defensa derramó inflexible
La propia sangre. De Tarifa el alto
Muro, sitiado de agarenas huestes,
Supo guardar su generoso abuelo.
Vió de cadenas sin piedad ceñido
El joven infeliz, oyó sus voces,
Y el ruego y llanto de doliente esposa,
Y supo ser leal. Le ofrece el moro
Pactos indignos, y amenaza al cuello
Del inocente, si Guzman resiste;
Él se descíñe la temida espada,
La tira al campo y, si no quieres, dijo,
La tuya ensangrentar, esa es la mia.
¡Oh constancia! ¡oh valor! Vive, precioso
Niño, y el claro egemplo que los tuyos
Te dan, imita. Vive, si de tanta
Ilustre accion te ha de inflamar la gloria,
Que ya del vicio y corrupcion infame
Harto el estrago se difunde y crece.
La disciplina militar, el zelo
Por el público bien, costumbres puras
Faltaron. . . . Vive: que la patria nuestra
Honor, virtud, Guzmanes necesita.

AL PRÍNCIPE DE LA PAZ.

Dedicándole la Comedia de la Mogigata.

ÉSTA que me inspiró fácil Talía
Moral ficción, y aguarda numeroso
Pueblo que ocupe la española escena,
Voz adquiriendo, movimiento y formas,
Hoy te presento con afecto puro
De gratitud y amor: que en vano aspiro
Por otra senda á la difícil cumbre
Subir del Pindo, en vano; y muchas veces
Lloré burlado el atrevido intento.
¡Cuántas, pulsando las aónias cuerdas,
Quise prender con números suäves
La esquivo hermosa, que en silencio adoro,
Y la voz imitar y la armonía
Que un tiempo el eco en la floresta verde
Repitió del Zurguén! Quise, animado
De mas sublime ardor, sonando Clio
La trompa que marcial ira difunde,
De España celebrar los altos triunfos,
Del cuello altivo sacudiendo róta
La bárbara coyunda; en las arenas
De Libia ardiente el vencedor vencido;

Numancia satisfecha en el estrago
De la soberbia Roma, abandonada
Al espantoso militar desorden;
Dueño Cortés del estandarte de oro
En los valles de Otumba, y á sus plantas
El cetro occidental. Pero ofendida
Culpó mi error la Musa de Menandro,
Y la cítara y flautas pastoriles
Quitóme airada, y el clarín de Marte.

Sigue, me dijo, por el rumbo solo
Que te indica mi voz, si honor procuras
Que á pesar del silencio de la muerte
Haga tu nombre eterno. Yo amorosa
Una y mil veces en tu labio infante
Dulce beso imprimí, y al repetido
Celeste arrullo que entoné, dormias.
Tú mi delicia y mi cuidado fuiste,
Y en ti los que vertió propicios dones
Naturaleza, cultivar me plugo.
Ya con festiva aclamacion sonando
La patria escena, en su alabanza justa
Tu gloria afirma. Sigue, y en la cumbre
Del sagrado Helicon, que Cintio baña
Con su luz inmortal, las Musas bellas
De hiedra y lauros te darán corona.

No te ofenda, señor, si tan humilde
 Tributo te consagro; ¿y cuál sería
 De la grandeza de tu nombre digno?
 Limitado es el don, rico el deseo;
 Y no bastando á mas la vena esteril,
 Cuanto puedo te doy. Asi postrado
 Ante las aras que levanta rudas,
 Suele el cultor acumular los frutos
 Sencillos de su campo, y los ofrece
 Al alto numen tutelar que adora,
 Y aromas vierte agradecido, y flores.

AL MISMO.

BUSCANDO alivio á mi salud endeble,
 Me vine á guarecer en la aspereza
 De estos peñascos, del ardor estivo
 Que hoy enciende á Madrid. Quietud, silencio,
 Paz en el alma, soledad queria,
 Frescura y sombras. Encerré con llave
 Los doctos libros, que el talento ilustran,
 Y el vigor al estómago destruyen.
 Holgar quise y vivir; y apenas llego
 A las orillas que fecunda el Arlas,

Coronada la sien de humildes juncos,
 Inesperada pesadumbre altera
 Mis honrados propósitos. ¿Adonde
 Sabré ocultarme, si habitando ahora
 Rústico albergue, defendido en torno
 De precipicios y fragosas cumbres,
 Aquí me induce á traducir mi estrella?

Pero en vano será. Como sucede
 Una vez y otras muchas al cuitado
 Que no tiene comercio, hacienda, casa,
 Ni oficio, ni pension, ni renta, y vive
 Tranquilo; en tanto que la numerosa
 Turba á quien debe el aire que respira,
 Se afana en perseguirle. El escribano
 Le cita, el alguacil le acecha y busca,
 Manda Marquina que sus deudas pague,
 Y no las paga: al Soberano acuden,
 Manda que pague, y su pobreza extrema
 Privilegio le da seguro y cierto
 De no pagar jamas. Yo asi, fiado
 De la ignorancia que padezco y lloro,
 Venerando el precepto que me impone
 Mi generoso protector, me eximo
 De obedecerle. Si entender pudiese
 Lengua que no aprendí, traduciria